

Manifestantes en Turquía. Vándalos con humor... ¿Hasta cuándo? ¹

Jean-Marc Balhan, SJ

Colaborador en la Universidad de Namur y miembro del CISMOC
E-mail: jm.balhan@jesuites.com

Recibido: 20 junio 2013
Aceptado: 26 junio 2013

RESUMEN: La plaza Taksin y el parque Gezi, ambos en Estambul, son desde hace unas cuantas semanas centro de atención mundial. ¿Estamos asistiendo a una nueva primavera turca? ¿Se trata de un Mayo del 68 a la turca? Lo que sí parece claro es que no se trata de un enfrentamiento, por otra parte muy frecuentes en Turquía, entre laicistas e islamistas. Se trata más bien del enfrentamiento entre dos visiones de la vida social y política turca, la inmovilista y la más próxima a una democracia real, incapaces de ponerse de acuerdo.

PALABRAS CLAVE: Turquía, plaza Tasin, parque Gezi, Erdoğan, democracia, autoritarismo a la turca.

Demonstrators in Turkey. Vandals with humor... For how long?

ABSTRACT: Taksim Square and Gezi Park, both in Istanbul, have been world focus for a few weeks. Is this The Turkish Spring? Is this a May 68 in a Turkish way? What seems clear is that it is not a confrontation, also quite common among Laicists and Islamists people. It is a matter of confrontation between two visions of Turkish social and politic life, the inflexibility and the one closer to real democracy, unable to agree.

KEYWORDS: Turkish, Taksim Square, Gezi park, Erdogan, democracy, turkish authoritarianism.

Turquía está sacudida por manifestaciones desde comienzos de junio. El movimiento, que comenzó a finales de mayo en Estambul

para preservar el parque Gezi (situado en el centro, cerca de la muy simbólica plaza Taksim, punto de todas las manifestaciones de envergadura en la capital económica y cultural del país) se ha extendido a muchas ciudades después de

¹ Traducción del original francés, Joseph Buades Fuster, SJ.

una represión policial particularmente feroz. Los manifestantes son, en general, jóvenes, aunque estén representadas todas las edades, y pertenecen más bien a las clases medias y educadas de la sociedad. ¿Se trata de una revolución, de una «primavera turca» o de un «Mayo del 68 a la turca»?

Contrariamente a lo que afirman a veces ciertos medios en el extranjero, no se trata ahora de una lucha entre supuestos «islamistas» y «laicistas» sino, en principio y ante todo, entre dos visiones de la vida social y política: la visión autoritaria del poder establecido, más especialmente la del Primer Ministro, que pretende imponer su voluntad en campos muy diversos, y la visión pluralista de ciudadanos que tratan de hacerse oír.

La tradición autoritaria en Turquía: educación de la sociedad y conservadurismo social

Más allá de la personalidad del Primer Ministro, en Turquía, el autoritarismo tiene dos orígenes principales. El primero se remonta a los inicios de la República, cuyos dirigentes siempre se entendieron como los «educadores del pueblo», reformando la sociedad desde arriba. El poder actual, perso-

nalizado por el primer ministro Erdoğan, no hace sino continuar en esa dinámica, aunque con otra ideología: reemplazando el laicismo elitista por un conservadurismo populista. Dentro de estos parámetros, dando la impresión de saber qué es mejor para la gente, interviene a tiempo y a destiempo como *pater familias* en todos los ámbitos de la vida: les dice cuántos hijos deben tener (tres como mínimo en esta crisis demográfica que empieza a vivir Turquía); qué tienen que comer (pan integral) y beber (la bebida nacional, según él el *ayran*, una bebida a base de yogur, más bien que el *rakı* —es decir, en general, el alcohol, cuya venta y consumo público acaba de restringir una ley «por razones de salud pública»); qué series televisivas tienen que ver y cómo éstas tienen que presentar la historia turca (nuestros antepasados otomanos no pasaban el tiempo en los harenes, sino guerreando a caballo); qué criterios estéticos deben aplicarse a la hora de proyectar un monumento histórico (a saber, la supuesta «fealdad» de una estatua que celebra la reconciliación entre turcos y armenios, y que ha sido desmontada después de dicha declaración), etc.

El segundo origen de tal autoritarismo se encuentra en un conservadurismo social que penetra la

mayoría de estratos sociales y culturales... puede que no tanto los generacionales. Este conservadurismo social presenta tres características mayores: 1) autoritarismo (puesto que en Turquía gustan los hombres «duros» y el Primer Ministro lo es); 2) amor del orden y jerarquización de la vida social (en la familia, la escuela, el ejército); y en ausencia de una jerarquía clara, se aplica la ley del más fuerte (particularmente evidente en la dificultad para «negociar» en las relaciones sociales). Por lo demás, esta es la ley que aplica el Primer Ministro, para quien «democracia» significa «democracia mayoritaria» más que «democracia pluralista», a saber: la convicción de que, puesto que ha sido elegido con más del cincuenta por ciento de los votos, lo que quiere es lo mismo que quiere el pueblo. Él se identifica con la nación, que intenta mantener «unida» tras de sí. A esto, los «jóvenes» responden: «El otro cincuenta por ciento también tiene derecho a la palabra»; 3) la tercera característica de este conservadurismo social es la ética del honor. El Primer Ministro no retrocede ante nada a la hora de proteger el suyo; antes bien, reacciona con firmeza ante todo lo que ponga en cuestión su estatus o su autoridad, valiéndose de su labia proverbial y de la extensión de su poder, que casi no conoce límites.

A este respecto, es interesante resaltar el modo como los manifestantes han respondido a la especie de insultos que les propina: con humor. En efecto, se sitúan muy lejos de este conservadurismo, que ponen en ridículo. El Primer Ministro los ha tratado de «*çapulcu*», es decir, de «vándalos». ¡Faltaría más! Ellos han reivindicado este insulto, han dado un aire inglés al término y han compuesto canciones (ver, por ejemplo, en YouTube: «*Every day, I am çapulging!*»). Que, ¿la policía se presenta en la plaza Taksim con gases lacrimógenos? Al día siguiente levantan grandes carteles: «*Bize gazı verdiniz*» («Nos habéis gaseado»), jugando con las palabras Gezi (nombre del parque en el que se manifiestan, que significa paseo) y *gazi* (gas).

Choque cultural y control del espacio público

Estamos asistiendo, pues, a un diálogo de sordos. El Primer Ministro no comprende, o no quiere comprender, a estos «jóvenes» que no tienen ningún respeto por la autoridad y que hacen chanza de ella, considerando que tienen «derecho» a la palabra, mientras que las autoridades constituidas solo estarían dispuestas a concedérselo... Por poner otro ejemplo de incomprensión, el Primer Ministro



pide a los padres de estos «jóvenes» que se los lleven a casa; como si a su edad y con sus responsabilidades, obedeciesen aún a sus progenitores. No comprende, ni su lenguaje ni su cultura, que no son quizá (¿todavía?) los de los hijos de sus admiradores en los estratos conservadores de la sociedad. Puede que flote algo del Mayo del 68 en el ambiente.

Lo que reivindican estos jóvenes es, en primer lugar, el derecho a la palabra y un espacio para tomarla. Como dice la socióloga turca Nilüfer Göle, la plaza Taksim y el parque Gezi son como una encarnación «física» del espacio público. Mientras que para el Primer Ministro una plaza es, en primer lugar, un lugar potencialmente caótico

que hay que «disciplinar». Y para disciplinar el parque, ¿qué mejor que otro centro comercial (sobraban en Estambul), a saber, la domesticación por el capitalismo? Puede que asistamos aquí a una confrontación entre dos conceptos de la «modernización» en la Turquía del crecimiento: la «dubaicización» o la rehabilitación del espacio urbano, en el seno de una política de grandes obras públicas para apoyar la economía. Estos jóvenes también quieren defender su modo de vida y socialización en este espacio (entre otras cosas, la vuelta de las terrazas –muchas quedaron suprimidas en Estambul hace tres años– y el consumo de alcohol).

Otra característica importante de este movimiento es, igualmente,

que sus componentes presentan notables diferencias ideológicas (incluso tratándose ante todo de las clases educadas y acomodadas): grupúsculos varios de ecologistas, «musulmanes anticapitalistas», gente de extrema izquierda y activistas kurdos, se suman a una mayoría de personas que no se identifican con ideología alguna, que simplemente están cansados del autoritarismo que se respira en el ambiente, y del que el asunto del «Parque Gezi» no es sino la gota que desborda el vaso. También se pueden ver nacionalistas ayudando a defensores del movimiento kurdo, izquierdistas que ayudan a chicas con velo, e hinchas de clubes de fútbol rivales manifestándose mano a mano. ¿Estaremos asistiendo al comienzo de un proceso inclusivo en esta sociedad dividida en estratos que no se hablan entre sí? Si protestan contra el gobierno del AKP y más precisamente contra el Primer Ministro, también es fuerza señalar que no se ponen al socaire del principal partido de la oposición, el CHP kemalista, que no las había visto venir y que, lastrado por divisiones internas, está fuera del debate (incluso si alguna vez ha intentado capitalizar el movimiento), cosa que forma parte del problema. Puesto que, si el AKP representa cerca del cincuenta por ciento de los votos, ¿cómo pueden

hacer oír sus voces los demás? Fuera de la vida política clásica, no queda más que el espacio público.

En este contexto, ¿qué lugar ocupan los medios de comunicación? Los acontecimientos han puesto de relieve una autocensura que funciona a tope y cómo el Primer Ministro ha conseguido domesticarlos, cosa que (¿todavía?) no ha podido hacer con las redes sociales. Así fue como, al inicio de las manifestaciones, en plena acción, algunas grandes cadenas difundían series de ficción o documentales. El ejemplo más chocante fue que, justo cuando la *CNN International* difundía en directo las manifestaciones al estallar la crisis y la represión policial, la *CNN Türk* presentaba un documental sobre pingüinos... Éstos se han convertido, por lo demás, en uno de los emblemas de los manifestantes (siempre con humor...). Al estar extremadamente polarizados, tanto la sociedad turca como los medios de comunicación, los periódicos publican titulares y noticias casi contradictorios: la prensa afecta al gobierno, afirma que los manifestantes están manipulados desde el extranjero, que atacan a las chicas con velo, que entran en las mezquitas con zapatos y alcohol, o que embisten violentamente a la policía (en efecto, grupos mar-

ginales de extrema izquierda se han aprovechado en ocasiones del movimiento, cosa que podía evocar al poder la inestabilidad de los años setenta); los medios liberales o próximos a la oposición se constituyen en defensores de los manifestantes y de sus reivindicaciones, destacando por el contrario los métodos a veces violentos de las fuerzas de seguridad.

En efecto, cuando uno se paseaba durante las dos primeras semanas de junio (en cualquier caso antes de su evacuación forzada el 15 de junio), el parque Gezi parecía un «festival pop» bastante folclórico en el que la vida cotidiana estaba estupendamente organizada (recogida de basuras, atención sanitaria, etc.). Fuera de los parques y plazas de las grandes ciudades de Turquía, en algunos barrios, los que deseaban expresar sus opiniones sin exponerse a ser «gaseados» hacían sonar cláxones y cacerolas, como en los tiempos de los golpes militares, cuando era peligroso manifestarse. El Primer Ministro les respondió entonces: «*Tencere tava, aynı hava*», es decir: «sartén y cacerola, cantinela una sola», que también fue rápidamente transformada en una canción muy graciosa, que es indispensable escuchar para comprender el estado de ánimo de la mayoría de los manifestantes (ver

en YouTube el clip «*Tencere tava havası*», interpretado por los *Kardeş Türküler*, y subtítulo en inglés).

Un partido y un Primer Ministro que han tenido demasiado éxito

Dicho esto, es esencial recordar que el gobierno del AKP bajo el mando de Recep Tayyip Erdoğan ha sido el autor de transformaciones muy notables desde 2002: precisamente por esto han sido elegidos tres veces, y en cada ocasión con más votos, hasta rozar el cincuenta por ciento en las últimas elecciones de 2011. Podemos poner como ejemplos: la economía (crecimiento medio del cinco por ciento), la entrada en negociaciones con la Unión Europea, una política exterior ambiciosa, el desarrollo de infraestructuras, reformas políticas o iniciativas a favor de varios grupos minoritarios —empezando por los kurdos—. Desgraciadamente, parece que lo ha hecho demasiado bien, hasta no dejar espacio para la crítica y haber eliminado casi todas las instancias de control. Dentro del partido, no todos parecen compartir la posición autoritaria del Primer Ministro, aunque pocos o ninguno se atreven a plantarle cara, y la mayoría de halcones parecen respaldarle como un solo hombre. Y cuando se ve, políticamente, en

una situación difícil, polariza la sociedad para que sus huestes aprieten las filas a su alrededor, cueste lo que cueste. Eso es lo que pretendía en sus discursos de mediados de junio, congregando miles de personas en Ankara y Estambul, en los «Encuentros por el respeto de la voluntad nacional», diciendo claramente ante las masas que le escuchaban embelesadas que no tenderá la mano a los que le peguen un puñetazo. El arte de la negociación no es la calidad más extendida en este país. Tampoco la tiene su Primer Ministro. Aquí, el peligro es que se radicalice la población.

Para comprender estas reacciones, es preciso recordar que, si el partido ha tenido su buena dosis de éxito, sus logros son aún muy recientes (2002). El último golpe de Estado, relativamente «blando» —en comparación con los anteriores (movilizando las instituciones del Estado, al empresariado y los medios de comunicación, con una discretísima presencia pública de las fuerzas armadas)—, tuvo lugar en 1997, derribando el gobierno de Erbakan e instaurando una serie de medidas «anti-islamistas». En sus primeros tiempos, el AKP se las tuvo también con intimidaciones serias por parte de las fuerzas armadas, especialmente en 2007, en vísperas de la elección de Abdullah

Gül como presidente («e-memorandum» del Estado Mayor en su página Web), y el partido estuvo a punto de ser disuelto por el Tribunal Constitucional en 2008, por causa de «actividades anti-laicas». De este modo se puede comprender que el AKP, y su Primer Ministro, después de haber marcado el paso a las instituciones, se apoyen en el «poder de la calle», que le da muchos réditos, y tienda a ver toda oposición a su gobierno «elegido democráticamente» como ilegítima, al evocar las intimidaciones de antiguos golpes de Estado, especialmente el de 1997. Y sus partidarios abundan en esta cuestión cuando, blandiendo pancartas, dicen: «Habéis colgado a Mederes, habéis envenenado a Özal, no os dejaremos comer a Erdoğan². Pero para los jóvenes manifestantes todo esto pertenece al pasado: no vivieron los golpes de Estado, y cuanto quieren es una democracia moderna y pluralista. Erdoğan y el AKP han cambiado Turquía, pero no han cambiado con ella...

² Adnan Menderes, primer dirigente democráticamente elegido en Turquía, fue ahorcado tras el golpe de Estado de 1960. Turgut Özal, Primer Ministro y luego Presidente de Turquía, que se presentaba como heredero de Menderes y en el que se ve reflejado Erdoğan, murió en 1993, oficialmente de un ataque al corazón; sin embargo, en medios conservadores, habría sido envenenado.

Los medios de comunicación se focalizan sobre los opositores, pero el Primer Ministro también tiene muchos partidarios: basta hablar con los taxistas para entenderlo (los manifestantes serían «activistas, terroristas» que quieren «dividir el país» «con el apoyo de fuerzas extranjeras»). Turquía es un país extremadamente polarizado, compuesto por estratos que no se hablan entre sí, sino que hablan simplemente unos de otros. El Primer Ministro Erdoğan ha favorecido realmente un proceso de democratización, al establecer la primacía de la política sobre las fuerzas armadas, permitiendo a una parte de la población que estaba y se sentía menospreciada, emerger en los planos político, económico y cultural. Pero se ha parado demasiado pronto, puesto

que, por desgracia, este movimiento ha sido simplemente pendular. En este momento, Turquía necesita hombres que escuchen a todos los ciudadanos, personas con capacidad para ayudar a que esta sociedad dividida restañe sus heridas hasta que Turquía, sea una democracia madura, pluralista y abierta a su diversidad; que la quieran, y no solo de boquilla, sino con actos. Así será como Turquía llegue a ser el «país modélico» con el que sueñan los turcos. Recep Tayyip Erdoğan supo mostrarse como hombre pragmático en el pasado: ¿estará a la altura del desafío? Sus últimos discursos y las duras intervenciones policiales de mediados de junio apenas dan margen para presagiarlo. Atrevámonos a esperar. El humor podrá más que la violencia. ■